durable de sus secuelas, este campo de la investigación ha probado, no obstante, con sus indiscutibles logros, los avances de que es capaz la historiografía hispana cuando está en posesión de una buena herramienta utilizada sagaz y tenazmente, con resultados a los que ni siquiera la parcialidad ideológica o el espíritu de controversia han conseguido lastrar.

Historiadores pertenecientes a las promociones más flamantes, penetrados de la trascendencia del capítulo que marca la piedra miliar del pasado reciente del pueblo español e imantados por los diversos factores y protagonistas de él, entenderán fácilmente el mensaje desprendido por la abortada conmemoración de 1986 y encaminarán sus afanes a no faltar nuevamente al compromiso que, individual y colectivamente, tienen contraído con su sociedad.

José Manuel Cuenca Toribio

Retrato de una «modelna» total

Una de las voces nuevas más interesantes de la reciente narrativa española es la de Gabriela Bustelo, cuya primera novela, *Veo Veo**, tiene un inconfundible aire rupturista. No se trata de una propuesta experimental ni de vanguardia, sino de un modo de hacer literatura que, ajeno a modelos conscientes, responde a una personal manera de comprender el mundo. Puesto que la protagonista ve la realidad como fragmentación, reiteración y absurdo, su relato será sincopado, repetitivo y enajenado. De ahí surgen los caracteres de toda la materia novelesca: personajes definidos desde fuera, guiados por una frenética actividad sin sentido; ambientes en apariencia variados, pero idénticos en su monotonía, y una acción gratuita porque no conduce a ninguna parte y no tiene otro fuste que la pesadilla.

El hilo conductor de *Veo Veo* gira en torno a las confesiones de una joven profesional muy independiente y neurótica: una «modelna total», por decirlo como ella. La chica, víctima de una trama conspiratoria, contrata a un detective privado para saber quién y por qué se la vigila. El enigma conoce cien enredos, el disparate sustituye a la lógica y la historia carece de resolución. Todo ello va a parar, si es que para en algún sitio, a una especie de tesis, no formulada como tal, que podríamos compendiar en la escueta reflexión que ella lanza al

* *Gabriela Bustelo,* Veo Veo, *Barcelona, Anagrama, 1996, 178 p.*

comienzo de su peripecia: «Qué vida ésta».

Tal vez no hay más pensamiento ni más enjundia que la de esta sentencia en la creativa sarta de situaciones que desfilan por la novela. Pero es en su misma banalidad e instrascendencia una síntesis filosófica que retrata un momento histórico acotado en una parcela de la realidad. Se trata de los *yuppis* de vida desenfadada e inconsciente que en esos años pasados de la movida madrileña hacen día de la noche, viajan por el alcohol y la coca, se entregan a la música y no se sabe muy bien lo que quieren, si algo quieren. Mientras tanto, tienen la sala de estar en locales famosos que la narradora recorre en una carrera loca que va de *Pachá* a *Archy*, de éste a *Joy* y así sin parar.

Destaca en Bustelo su capacidad para captar y reproducir esa experiencia generacional de un tiempo sin más ideología que un perentorio hedonismo. La autenticidad de ese reflejo viene no tanto de detalles concretos como de una postura entre distanciada, irónica y dolida. Si la obra trae tal mensaje, debe aclararse que no se formula como una tesis y que no hay ninguna argumentación seria o solemne. El sentido se produce a través de la levedad de la broma desenfadada, del disparate, del caos onírico y de la paranoia.

La deliberada falta de modelos literarios se sustituye por múltiples reflejos de actualidad: lo audiovisual impregna todo el relato y sus secuencias tienen clara inspiración fílmica. Pero, sobre todo, esta literatura que se quiere moderna posee una vieja raíz, la del costumbrismo. Un costumbrismo bastante conservador que se queda en sucesión de tipos y estampas y que da como resultado una visión muy estática del mundo. De ella no se extrae ningún valor ni ninguna propuesta de acción, a no ser un nihilismo acunado en el blando lecho del *confort*. Debe destacarse lo muy bien facultada que está Bustelo para esa aprensión epidérmica de la realidad y la carga de sinsentido que logra recrear. Es un mérito de la joven narradora, pero más que éste impacta su prodigiosa cualificación para captar unas formas expresivas. Bustelo fotografía un tiempo y unas inquietudes gracias a una capacidad lingüística enorme para reproducir y casi inventar con alta creatividad el idiolecto de ese grupo social y para convertirlo en reflejo de una mentalidad.

El valor de *Veo Veo* hay que ceñirlo a un atractivo juego de muy amena lectura, a un empeño muy digno pero menor, entre otros motivos por su clamorosa precariedad argumental. Pero sí tiene un buen puñado de virtudes: gracia, frescura, impudor e inteligencia. Y, sobre todo, una habilidad verbal que convierte en arte la jerga de un grupo.

Santos Sanz Villanueva